

LAS PARADOJAS DE CHESTERTON

bros del consejo también son policías; finalmente, el presidente, Domingo, les revela que él es el jefe de policía que les dirigía desde la habitación en tinieblas. La novela —si se la puede llamar así— es una singular obra maestra de ritmo, misterio, ingenio y comicidad. Pero, ¿quién es ese Domingo monstruoso y bifronte, cuyo físico tanto le asemeja al propio Chesterton? La onírica escena que cierra la novela le hace manifestarse como «el Sabbat, la paz del Señor». ¿Será una alegoría de Dios, en la que se reconcilian el bien y el mal? En tal caso, fracasa, pues el verdadero anarquista, Gregory, y uno de los policías se niega a acatar este «happy end»; además ha estado mezclado demasiado claramente en crímenes y atentados como para que su indentificación con la Divinidad no resulte blasfema. Chesterton, en su «Autobiografía», niega escandalizado esta identificación y proclama, inconsistentemente, que Domingo es símbolo de una versión panteísta de la naturaleza; pero ni se sabe qué pinta la naturaleza como árbitro y motor de un conflicto ético ni resuelve el asombro de algunas caracterizaciones de Domingo —fundamentalmente, sus manifestaciones burlescas y arbitrarias, como las de su huida, en la que arroja mensajes absurdos a sus exasperados perseguidores—. Parece evidente que Chesterton pretendió, en un primer momento, pintar al Dios cristiano bajo los rasgos hiperbólicos de Domingo; después advirtió, con secreto azoro, que el retrato no se parecía precisamente al que la tradición nos lega: jubiloso, arbitrario, desentendido de la moral, absurdo y risueñamente cruel, el dios pintado no era judío, sino griego; no era el Crucificado, sino Dionisos. De aquí el balbuceante repliegue de la «Autobiografía» y la insistencia en el revelador subtítulo —«Pesadilla»— del relato.

Lejos de mí la prosaica tentación de afirmar que Chesterton, como sólo gozaba jugando a los sabios despropósitos, eligió precisamente las causas que le parecían más indefendibles para ejercitarse briosamente en la paradoja. No, esto no sería nada poético, por emplear su lenguaje; lo

auténticamente poético es suponer, a pesar de todo, que Chesterton creía a pies puntillas en lo que defendía. No crecer en lo improbable está al alcance de cualquiera: lo memorable es saberlo improbable y creer. Chesterton oteó la negrura que nos envuelve como pocos; penetró en la nada como raros nihilistas se han atrevido a hacer: vio con claridad la amarga certidumbre del caos y eligió la dramática inverosimilitud del cosmos. La base de su filosofía fue lo que llamó en su «Autobiografía» el arte de ponerse límites: «Es el mismo juego que he jugado yo amontonando todas las cosas predilectas en un sofá e imaginando que la alfombra, en torno mío, era el mar que me rodeaba. El juego de ponerse límites a sí mismo es uno de los placeres secretos de la vida. Está dominado siempre por el principio de división y restricción, que empieza con el juego que jugaba el niño con las losas del empedrado». Aceptar gozosamente los límites: no ser capaz de esto es lo que reprocha Chesterton al hombre moderno, que sueña con un progreso infinito, con un Imperio siempre en extensión, con la acumulación de bienes incontables, con una razón que desnude todo misterio, con una libertad sin barrera ninguna... Sólo lo limitado es concreto, sólo lo limitado puede complacerse el hombre. Por olvido de esta verdad elemental, los modernos se debaten en las más insatisfactorias de las abstracciones, en el materialismo.

Desconcertante y esquiva, más perturbadora que ninguna, la figura de Chesterton es una enorme mole humana que se aleja, entre carcajadas, a lomos de un veloz elefante blanco. En vano nos fatigamos persiguiéndola, pues es inasequible. Quizá desde la urgencia de su huida nos arroje un papel prolijamente doblado, donde esperemos encontrar su auténtico mensaje y en el que leamos: «Vuestra belleza no me ha dejado indiferente.—De parte de Copito de nieve» o «Espero que no intervenga el Archidivino, porque la cosa es extremadamente grave: ¿dónde están tus chanclos?». ■ F. S.

